

Cuentos del paraíso de las islas 12-13

Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 21/11/2023
Número de páginas: 15
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



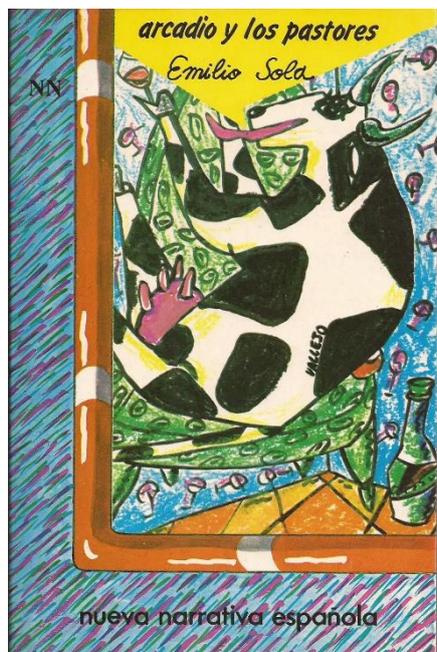
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

12

13 Arcadio y los pastores



“Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)” fue publicado en 1986 por Ediciones Libertarias, una editorial fundada por Antonio Huerga y Charo Fierro, que luego vendieron su fondo a Produfi, con lo que pasó a denominarse Libertarias-Produfi. Su tiempo literario es en torno al año 68 después de la Gran Guerra (GG) y muerte de Juan Bravo (JB), unos 16 años después de la muerte de don Borondón el Antiguo, en la cronología utilizada en el llamado “Paraíso de las islas”, en el que viven los redactores o amanuenses, y nosotros mismos también sin duda. El texto procede, como siempre estos relatos, de la Biblioteca de don Borondón o del Naranjal, y uno de sus personajes es precisamente Fito Naser, quien está ahora al frente de esa casa y biblioteca habitada que fue la casa de don Borondón o del Naranjal, junto con el protagonista principal del relato, incluido en su título, Arcadio, Arcadio el hijo de Ulrica.

En el Archivo de la frontera hay una primera edición digital de 2015, que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/e-libros/arcadio-y-los-pastores-novela-africana-y-pastoril/>

La presente edición se hará en 21 fragmentos, tal vez 22 en total, para hacerlos breves en esta segunda edición digital, ocho años después de la primera, para que resulten más legibles:

12-00, 12-01, 12-02, 12-03, 12-04, 12-05, 12-06, 12-07, Segunda parte: 12-08, 12-09, 12-10, 12-11, 12-12, 12-13, 12-14, Tercera parte: 12-15, 12-16, 12-17, 12-18, 12-19, 12-20, 12-21

He aquí el índice del relato, según la edición en papel de 1986:

INDICE

PRIMERA PARTE

1. Simón el Mago y la Casa despertador de pájaros.	9
2. Conversaciones de Simón el Mago y Sidi Abdelhakim Bushacor sobre el padre del cuchillo	13
3. Las leyendas de Hamam Masjutín, el baño de los maldecidos, y la fiesta de la flor y de la pintura de Suk Ahrás.	22
4. El grupo del valle del Mago	32
5. La compañía de Leila Naser en Guelma y los amores de Leila V y Estambuli Entrambosaires	40
6. Leila Naser madre, IV para entendernos, Leila hija y Estambuli charlan sobre el pasado.	50
7. Filis, Yeni y el grupo del valle del Mago	61

SEGUNDA PARTE

Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense, ex-agobiado, desaparecido

1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza	75
2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la cabritilla	87
3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago	97
4. Los rebaños de la trashumancia en el valle del Mago, con la historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros	106
5. La breve experiencia de trashumancia de Leila Naser V, con una interpolación amplia del amanuense segundo de este relato	114
6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez de ésta y su abandono del valle del Mago	124
7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov	134

TERCERA PARTE

Introducción del segundo amanuense, con nuevo homenaje al amanuense ex-agobiado

1. Historia de Yosín y respuesta de la gente al llamado de Cristino Paulov.	145
2. Los niños de mayo. La Coronela en el valle del Mago y primera infancia de Arcadia Copruku	150
3. Disgresiones del amanuense sobre la dinastía de las Leilas Naser	166
4. Sobre Olga Marruz y sobre el tercer año de la experiencia simoniana, con los preparativos primeros para la Universidad ganadera de Hamam Masjutín.	177
5. Muerte de Sidi Abdelhakim Bushacor y abandono de Arcadio del valle del Mago. Algunas consideraciones sobre la toma de Casentina	187
6. El viaje de Arcadio por el paraíso de las islas, mensajero o embajador de la "Arcadia feliz", y susto a su regreso a Guelma	199
7. Arcadio en la toma de Casentina, con la fiesta de la matanza del cerdo y del cordero, accidente de Arcadio y preparativo final del viaje con Fito Naser fuera de la Arcadia. . . .	210
Dedicatoria y Final	223

Ali, recién levantados; en silencio tomaban café y la infrecuente seriedad de Ali mostraba a las claras que algo poco agradable estaba sucediendo. Imanol le hizo un guiño de complicidad al Arcadio y en silencio, como sus vecinos de mesa, hicieron los honores al desayuno.

— ¡Literaturas pasadas, tío! —le dijo Arcadio a Ali, así en general, dándole una palmada en la espalda al salir y a la vez que le devolvía el guiño a Imanol.

Rieron los dos, cómplices; Ali nada había comprendido y se encogió de hombros; las dos chicas le daban al botón del lavavajillas, las últimas habían sido en meter sus cubiertos allí, y todo el mundo se dispersó por el valle a su tarea cotidiana.

6.—Este amanuense no sabe bien cómo explicarlo, pero lo tiene claro: hay gentes emisoras y gentes ladronas de buenas vibraciones, de operatividad, de marcha —las buenas vibraciones siempre son operativas, y eso sí que lo afirma sin ningún rubor ni temor a equivocarse—, y va a ensayar explicarlo, como siempre, a su manera. Entre tus cercanos siempre hay alguno con el que más a gusto planeas, ensayas, haces o simplemente al charlar te provoca a favor y te nace la historia —o le nace— mejor narrada; la chispa vital de cada uno se complementa, en este caso, apuntala o enriquece a la otra, la hace investigar mayores profundidades; si de proyectar o de planear se trata, el tal proyecto o plan se perfila con mayor armonía o rapidez; están presentes las buenas vibraciones, es más fácil o más satisfactoria la “amistad”. Por el contrario, ocasiones hay en que la presencia de alguien produce un efecto absolutamente contrario, no te sale bien narrada la historia en la conversación, el plan o el proyecto se enreda en mil vericuetos sin aparente salida, la chispa vital se amodorra apenas manifestada y es difícil que pase a la acción o que te haga o haga en general pasar a la acción; ese alguien te está robando —o tú a él— las posibles buenas vibraciones emitidas, la operatividad, la marcha; sus emisiones son contrarias o al menos

neutralizadoras; es árdua la “amistad” o imposible incluso: huyes. O debieras huír.

Y estas consideraciones tan vagas, por difíciles de explicar y más por escrito —aún no he ensayado una técnica de trabajo que considero podría ser interesante, la de registrar en cintas magnéticas conversaciones en las que salta la clarividencia y luego trabajar sobre ello—, son claves en el funcionamiento del grupo; en el momento en el que uno comienza a interferir, hace más árdua la “amistad”, así en general, bloquea aún sin querer o pretenderlo la operatividad, entorpece la marcha o como se guste denominar este fenómeno, la fuerte cadena que el grupo es —y perdón por tan manida comparación— comienza a debilitarse por ese eslabón pudiéramos decir dañado —o dañante—, pierde su solidez o fuerza, falla. Es entonces cuando se impone la necesidad de cambio —o recambio—, la movilidad, o la pausa —para evitar el parón sin más—, o el relevo, el viaje. El grupo amplio y creador se subdivide una vez más en núcleos más reducidos que mantienen la cota alta de acción y que de nuevo tenderán a reagruparse, a reaunarse, a reconocerse “amigos”...

Y este amanuense pide perdón — ¡difícil aún la palabra para él!— y prosigue su relato allí donde lo dejara: por qué Claudia Auani, Auanita, decidió una vez más en su breve vida cambiar de grupo. ¡Ah!, pero antes de continuar quiere dejar bien claro, para un lector no avisado, que en todo lo inmediatamente anterior también estaba intentando desvelar algo sobre eso tan sutil y difícil de precisar que llaman amor. Y también quiere dejar claro que no está tratando el tema de forma revolucionaria o incomprensible para la mayoría — ¡el cielo le libre, con todos los antepasados que lo habitan!— sino de manera absolutamente tradicional —la chavalería sabe mucho más que él del tema ya— aunque, eso sí, un poco remozada por el simple hecho de estar intentando ponerlo en palabras y por escrito. Los antiguos sabían que eso —“el amor”— debía ser creador y si no era eso —“amor”— sino... qué sé yo, tal vez algo que llamaban “pecado” y que no tengo claro qué pudiera significar.

Pero esa creación la concretaban en unos hijitos personales e intransferibles, unas casitas diminutas, cerradas y aburridas, unos objetos de prestigio y no pocas chuminadas más que, a la larga, enfrentaba a unos contra otros... y aquello era el caos; nunca se les había ocurrido aplicar eso —“¿el amor?”— a la construcción de una hermosa autopista de montaña y bosques, por ejemplo, a la recuperación para la vida de un desierto o un descampado, a la —otra palabreja heredada— “felicidad” del grupo de los cercanos que a la larga sería la de todos... En fin —coletilla típica de amanuenses este “en fin”, tal vez por tener que decir muchas cosas sin tiempo material suficiente para ello—, pido perdón de nuevo por este larguísimo paréntesis —casi interpolación podría ser—, e intento seguir de nuevo.

Mediado mayo, Claudia Auani le comunicó a Simón que deseaba irse, de momento pasarse un tiempo de trahumancia en el sur, luego volver a la costa y ensayar nuevo grupo. Simón le dijo que hacía semanas que lo sospechaba.

—Estaba claro, ¿verdad Mago? —y la chica le miraba a los ojos.

—¿Cuándo quieres irte?

—A ser posible, mañana temprano. Fion tiene ya todo mi trabajo en orden y me dijo que puede hacerse cargo de lo que resta y él llevará los datos a Guelma. También le he escrito a Fito Naser para que planee las posibilidades para mí...

—Vamos a preparar para esta noche... ¿qué luna es?

—Nueva.

—Bien. Fiesta de despedida en luna nueva —y ambos sonrieron.

Desde un viaje a Guelma, que habían hecho Catalina Ivanova, Ali Hamuín y ella, Auanita sabía que debía encontrar salida airosa a su relación de pareja con Ali, al que adoraba. Precisamente la personalidad del hamuín, animoso, expansivo, deshinibido, jocosos, arriscado, con esa entereza ligera y voluntariosa que la fascinaba, había hecho que se plantease el tema de la ruptura con una urgencia que la angustiaba; y la cosa se había decantando de mal en peor:

en la última semana el chico había perdido hasta su natural alegría. Al principio creyó que todo iba a ser más fácil y que con la colaboración de Catalina Ivanova —que muchas veces le había comentado que consideraba su cuerpo como un “juguete propio y ajeno” nada más, “salvo para los perros”, había añadido riendo en una ocasión, y que le iba bien así— todo podría normalizarse; Sidi Abdelhakim Buschacor, con quien lo había tratado una tarde en Hamam Masjutín, le había dicho que a pesar de que su tiempo era otro y que la nueva chavalería se lo montaba según fórmulas que para él resultaban exóticas, que sí le podía dar un consejo claro: orientar su afectividad hacia el exterior, hacia lo ajeno, hacia los otros, no dejar que se consumiera dentro porque se convertiría en un veneno lo que, fuera, sería un estimulante... “No soy experto en esos temas, muchacha, pero tal vez necesites tener un hijo...”, había concluido el viejo, y ella no supo por qué pero le había parecido una tontería y pensó “chochea”, y pasó a hablar de otros asuntos con el anciano. Leila Naser madre —IV, para entendernos— estaba allí cerca y se había enterado, aunque mínimamente, por dónde iba la conversación.

—Creo que eres una mujer ardiente, muchacha —le dijo, así de sopetón, cuando bajaban de la terraza de la casa del Bushacor—. Acompañame al hamam y charlamos un rato allí. Sidi Abdelhakim no puede aconsejarte porque nunca ha sido una mujer ardiente, ¿comprendes? —y Leila madre le había dedicado la más hermosa de sus sonrisas.

Auanita accedió gustosa y, ya en el hamam, tendidas desnudas y relajadas sobre el suelo caliente de la habitación central del baño, la bóveda sobre ellas hermosamente decorada con campos de flores o jardines en noche estrellada, Leila Naser IV escuchó de labios de Claudia su historia en la casa de los niños tunecina con el chico Abdelhakim Arangurem, su adolescencia con ramadaneros y en la costa murciana y su reciente o actual relación sentimental con Ali Hamuín...

—¿Un hamuín? ¡Muchacha! —y Leila Naser se echó a reír y comenzó a refrescar su cuerpo sudoroso por el va-

por con agua fresca—. Si ese chico que me dices es como todos los hamuines que conozco y tú una mujer ardiente, el resultado puede ser explosivo.

—Para mí, nuevamente la sombra de la locura, Leila.

—Lo comprendo, muchacha.

Leila Naser, la IV de la dinastía de Leilas Naser, le contó a Claudia Auani cómo había concebido a su hija Leila —que ahora tenía la misma edad que ella, Auanita— en los días de la muerte de Rocco Consales y fruto de su relación amorosa con el hombre que la había desvirgado, Prisciliano Manfredi, cumpliéndose con ello el destino de todas las mujeres de su podría llamarse dinastía de dar a luz a una niña en el inicio de la adolescencia; su madre, Leila Naser III, dos años atrás, había dado a luz un niño, Fito Naser, el Fito que ella conocía, hecho extraordinario en aquellos años de verdadera furia antinatalista; en la casa del naranjal, en donde vivían por entonces y en donde también naciera Fito, en vida aún de Borondón el Babilónico, más de uno opinó, y entre ellos Leila Naser II y Leila la Vieja, que su madre Leila III debía abortar; don Borondón, recuerda que le contó su madre, se encogió de hombros al enterarse de la noticia y opinó que lo del aborto era una decisión muy personal de la mujer en la que nadie tenía derecho a interferir. Y Leila III decidió no interrumpir su segundo embarazo; nació Fito, y nació muy bien, y cuando Leila III, tras la lactancia y la incorporación del niño a la casa de los niños, recuperó su total libertad de movimientos, se había transformado de manera extraordinaria, a sus 28 años largos tenía la sabiduría y serenidad de las mujeres de mucha más edad hasta el punto de que Leila I la Vieja era una especie de chiquilla descocada y temeraria a su lado, y pasó a ser figura clave en la casa del naranjal o biblioteca de don Borondón en los años finales de vida de éste y los siguientes a la desaparición del Antiguo.

—A partir de entonces, al parecer, mi madre Leila III concibió una teoría muy personal y particular sobre la maternidad que más de una vez se la oí discutir con otros y comentar por extenso. Contaba que tras darme a luz a

mí, en su adolescencia, y tras dar a luz a Fito, unos doce años después, había experimentado la maternidad en ambas ocasiones como algo determinante en su vida, pero en su segundo alumbramiento, y tras él sobre todo, había sentido algo que podría llamarse plenitud. Sabía que no podía y no debía generalizar, que una experiencia personal no es más que, con justeza, justamente eso, pero mantenía con pasión sus argumentos: la maternidad en la adolescencia es menos completa que la maternidad en la “madurada juventud”, o como quisiera llamárselo, en torno a la treintena de la vida de una mujer. Y mi madre Leila opinaba con pasión que había que profundizar en la tradición hindú de las cuatro edades del hombre, los cuatro ciclos de veinte años en rasgos generales explicados así: hay una primera edad de niño y muchacho hasta los veinte años, de aprendizaje, una segunda de los veinte a los cuarenta, de plenitud de la juventud, la edad de la “procreación” y la “familia”, podría decirse, una tercera, entre los cuarenta y los sesenta, de madurez y plenitud intelectual, y una cuarta y última, tras los sesenta, la edad del sabio peregrino, la edad de la venerabilidad... Adaptado este esquema a la realidad de los grupos del paraíso de las islas, mi madre Leila III pensaba, y así lo defendía, que todos los medios de contracepción al uso, tan perfeccionados hoy, debían ser usados, y más por el hombre que por la mujer, hasta bien entrada la segunda edad, que la mujer debía elegir el momento de la maternidad en esa segunda edad que decían los hindúes y luego, y a su elección, pensar ya en la esterilización, en un primer momento temporal y luego total o permanente... Cuando mi hija Leila decidió que no quería tener un hijo a la edad temprana en que todas las Leilas anteriores lo habíamos tenido, sobre los quince años aproximadamente, yo opiné que hiciera lo que quisiera y mi madre, sin embargo, le recomendó la maternidad temprana; parecía una contradicción con su pensamiento, pero ella decía que a pesar de que su opinión era esa, en nuestro caso debíamos mantener la cadena de preñez en la adolescencia para que ese extremo pudiera ser mejor estudiado y

serviera como modélico y término de comparación en un estudio informatizado de la cosa... Leila V, mi hija, sin embargo, pasó de su opinión y decidió cortar por lo sano la cadena de Leilas madres adolescentes... Tú la conoces.

Se había hecho muy tarde con aquella larga conversación en el hamam y las dos mujeres, tras descansar un rato en el atrio-vestuario de las columnas, salieron al frescor de la tarde. Anochecía.

—Pues bien —continuó Leila IV, el brazo al hombro de Auanita, de paso hacia el lugar de la cena de aquel día—: todas las Leilas fuimos también mujeres muy ardientes, salvo Leila III tras su segunda preñez y alumbramiento y, al parecer, mi hija Leila V. A mi madre Leila III, tras dar a luz a Fito, no se le conoció ninguna relación amorosa especial salvo una, por otro lado muy divertida e informal, justo tras la muerte del Antiguo, con Erik Andersen, el gran jardinero. Fue algo muy circunstancial, según le oí contar un día, y le duró a ambos lo que el dolor intenso tras la desaparición de don Borondón... Cuando la casa del naranjal recuperó su ritmo, Erik y Leila III volvieron a su antigua relación de cariño y respeto, de nuevo, sin sexo; no era experiencia representativa o de interés general, en su opinión, sino puramente anecdótica.

Habían llegado las dos mujeres a la casa del Abdelhakim Bushakor de nuevo; antes de entrar, Leila madre terminó con sus reflexiones en honor de Auanita.

—Creo que, como habrás comprendido, no hay un consejo definitivo que pueda darte; yo misma desearía en ocasiones uno para mí. Pero creo que la maternidad y el temperamento ardiente de la mujer deben tener algún tipo de relación que en cada caso debe sopesarse... Tú tienes la clave en tus manos, joven Claudia.

Y Leila Naser IV le dio un beso de despedida y entró en la casa. Claudia Auani paseó un rato antes de incorporarse al grupo para la cena; mil pensamientos contrarios la desasegaban; tras tan largo discurso, Leila IV había concluído de manera similar al Bushakor: había recomendado pensar en la maternidad. No había recomendado relaciones

promíscuas, ni relaciones a tres, ni períodos de onanismo o lesbianismo, no, sino que le había lanzado todo un discurso sobre la maternidad, con todo lo que ello significaba, aún la tradición del padre del cuchillo viva, de elección de padre, separación tras la concepción, elección de grupo, parto y vida nueva semisedentaria por el tiempo mínimo de primera crianza... Claudia Auani sabía que todo iba a ser diferente a su regreso al valle del Mago. Iba a cumplir los veintidós años, iniciaba esa segunda edad que Leila madre había evocado para ella, estaba preparada para la maternidad.

Durante el regreso al valle y casa despertador de pájaros le dejó caer a Ali, indirectamente, que necesitaba interrumpir el tratamiento contraceptivo. Ali le dijo que no se preocupara, que él lo mantendría. Por entonces, se había incorporado Catalina Ivanova a sus noches; el hamuín estaba muy contento y Auanita se esforzaba por seguirles su marcha retozona y ligera. A la llegada de la primavera, sin embargo, las cosas no iban del todo bien y a medida que la primavera avanzaba la relación entre Ali y Auanita se iba agriando, a pesar de los esfuerzos de Catalina Ivanova por despensarizar su rollo. A finales de abril Claudia habló con claridad al hamuín.

—Ali: quiero que interrumpas el régimen anticonceptivo.

— ¡Qué dices, chica! ¡Te voy a preñar!

—Eso es lo que quiero: quedar encinta para irme de ti.

—Hay que consultárselo también a Catalina...

—Por favor, Ali. Dedícame dos semanas en exclusiva y me alejaré para siempre de ti, de vosotros..., del valle, de aquí... —y a Claudia se le saltaban las lágrimas.

Ya había entrado mayo cuando Ali consiguió estar a punto para la fecundación. A Catalina le daba lo mismo; se encogió de hombros, musitó un casi inaudible “ ¡vaya cómo se lo monta esta chica!” y desde aquel día pasó a dormir cerca de Imanol, Filis de viaje por el norte. La mañana de la separación del trío, serios los tres en el desayuno, Arcadio le había dicho a Ali “ ¡literaturas pasadas,

tío!”, y ella, Catalina, se había sentido raramente tonta en aquel ambiente tenso, como ajena a aquella complejidad que se le escapaba, realmente literatura antigua para ella.

Auanita habló con Don Fion y le explicó que en dos semanas le dejaría todo el trabajo listo para informar e informatizar en Guelma; a Don Fion le apenó que les abandonara. Cuando Flora lo supo le dijo a Don Fion que si Claudia se iba que lo sentía, pero que ella no tardaría mucho en reunírsele, que ella también abandonaría a la larga. Claudia rogó a Flora Abenza, sin embargo, que la dejara sola en las semanas que pensaba perderse en los grupos de trashumantes del sur y que se reunirían más tarde, en la costa de nuevo, en la nueva experiencia que les recomendaran iniciar. Así darían tiempo a Simón y a Fito en Guelma para reestructurar el grupo del valle del Mago.

Todo en orden, las dos semanas que Ali dedicó a la fecundación de Auanita habían de recordarlas los dos como uno de los períodos más enloquecidos de sus vidas; polvo en la noche, a media mañana, en la hora de la siesta, al atardecer... Ali andaba frenético de un lado para el otro, hacía él solo faenas inconcebibles para un hombre solo, corría tras los caballos en desbandada y los montaba a pelo de un salto felino —Arcadio estaba encantado cuando Ali, más ágil que nunca, se encargaba de la doma, y sólo procuraba evitar que le tocara su potrilla árabe Blanca—, desafiaba a los toros más grandes de las manadas y los saltaba a la cretense o los tumbaba a la portuguesa, reinventó el rejoneo a caballo —hasta el propio Simón el Mago llegó a inquietarse, aunque se calmó cuando Negro Fion le dijo por dónde iba la cosa—, subía de un trote el monte de bosque cuando Auanita andaba por allí a la hora del polvo y bajaba luego a la carrera para terminar la tarea que tuviera entre manos, comía triple ración de la habitual y bebía ingentes cantidades de agua y hasta vino, inusual en él, acompañaba a Imanol en sus duchas de agua fría cada mañana y cada atardecer —lo cual, poco amante del agua si no para beber, era rareza en Ali—, un día ante un problema de batería del camioncito no dejó que Estambuli lo remolcara

y empujó hasta conseguir que arrancara, casi cien metros... En fin, Ali pasó a parecer una mala bestia que a todos asombraba y divertía sobremanera.

Y Auanita... más dulce que nunca se la vió en aquel tiempo en ocasiones, activa como el hamuín, extremadamente alegre y jovial, cantarina y dicharachera, pero también a veces ensimismada —sobre todo al anochecer—, perdida bajo el bosquecillo de pinos y de acacias, de paseo solitaria hasta la fuente de la Estrella algunos amaneceres y hasta —Don Fion la descubrió así varias veces y a nadie dijo nada— haciendo diligente su trabajo de bosque o de laboratorio entre lágrimas, suspiros, moqueos, breves exclamaciones como “¡santo cielo, vida mía!”, ayes lastimeros o inconcretos sonidos guturales o nasales que llegaban a enternecer —según Don Fion, que lo evocara mucho después— a quien los escuchara.

Tras las dos semanas Claudia Auani, en presencia de Flora Abenza, hizo la prueba del embarazo: ya estaba encinta. Inmediatamente comunicó a Simón su deseo de partir.

—Hace tiempo que lo sospechaba —le dijo el Mago.

Y aquella noche, luna nueva, celebraron una fiesta de la despedida; al cénit lunar Ali y Claudia se abrazaron, muy emocionado el chico, la chica lloraba, “estoy cachondo, Auanita”, musitó él, “ya es tarde, Ali: debemos separarnos”, pudo llegar a susurrarle al oído ella, y se desprendió del largo abrazo, corrió a la jaima que llamaban la coqueta, se tendió bocabajo en la primera colchoneta que encontró, las manos cubriéndole el rostro húmedo de lágrimas... Flora Abenza se le reunió poco después, pero Auanita le rogó que la dejara sola; en silencio Flora veló su llanto una vez más y, cuando su amiga dormía ya un sueño colmado de suspiros, apagó las lamparillas, cerró la coqueta tras sí y se fue a dormir al lado de su Don Hermoso, como decía el Mago. Bajo una de las acacias del bosquecillo cercano a la casa despertador de pájaros vio a Ali Hamuín tendido, las manos en la nuca, su cachondez enhiesta hacia la luna nueva... Los ojos muy brillantes que unos segundos la miraran

los sintió clavados en el corazón cuando entró en la tienda en la que Don Fion se preparaba para recibir el sueño, y se abrazó a él, las manos frías, el rostro ardiente.

7.—El viaje hacia el sur de Auanita —esta vez sin la compañía, como siempre hasta entonces y como desde poco tiempo después siempre, de Flora Abenza— lo hizo con un grupo procedente de Guelma, el más tardío en llegar para la trashumancia con un no demasiado nutrido rebaño de ganado ovino —razas selectas traídas de Extremadura, en España, por barco desde Huelva y para ensayos de cruces y aclimatación—, más o menos resuelto el problema de fijación con el hamuín Ali y con la ayuda, como hemos visto, de Don Fion y de Catalina Ivanova. Y fue por entonces cuando llegaron Yeni y Filis de su viaje al norte, a los dos días de la fiesta de la luna nueva de mayo que sería llena en junio, con la noticia espectacular que había de revolucionar todo aquel verano el paraíso de las islas: el mensaje del demógrafo Paulov que podía resumirse en aquel eslogan para muchos estremecedor, sobre todo para las mujeres, “chicas, a parir, que ésto se acaba”.

Filis y Yeni habían pasado tres semanas en el norte, en Annaba, la antigua Hipona, en donde estaban los mejores y más cercanos servicios de reprografía, para preparar varias copias de los trabajos realizados en tablero hasta el momento —las redes de cañadas reales de penetración hacia el sur con sus pasos difíciles, áreas de servicios mínimos y máximos, intersticios claves de rutas posibles de nomadeo, etc.—, además de para pasar unos días frente al mar, del que ya necesitaban, y allí recibieron el encargo de ser mensajeros para su grupo de las alarmantes conclusiones a las que había llegado Paulov en su estudio: la urgente necesidad de ponerse a parir. Eran todavía noticias vagas que habían de ir perfilándose más y más a lo largo del verano, pero estaba claro el punto de partida de que al furibundo antinatalismo en boga que el padre del cuchillo había perjeñado en una serie de normas prácticas muy